

C

CULTURA



Mary Karr: llegar a Dios desde el alcohol

Con la oración, con la ayuda de Dios, es posible salir del infierno del alcohol. El reciente libro *Iluminada*, de la poeta norteamericana Mary Karr, es el conmovedor testimonio de una conversión que puede ayudar a muchos.

—TEXTO Sara Barrena y Jaime Nubiola

“Reza. Reza a diario durante noventa días y mira a ver si tu vida mejora”. Es el consejo que le dieron a la escritora Mary Karr, agnóstica, en las reuniones para alcohólicos a las que asistía en el sótano de una iglesia de Cambridge, Massachusetts, una sala amarilla mal ventilada en la que se reunía una asistencia de lo más variopinta, desde un profesor de clásicas con traje y corbata hasta un inmenso marine negro. El lugar olía mal y las paredes estaban llenas de eslóganes cursis. Sin

embargo, afirma Karr, “*la habitación cobra vida. Respira*”.

Hija de padres alcohólicos, la escritora Mary Karr (Texas, 1955) es profesora de literatura en Syracuse University, Nueva York, y se ha enfrentado a las duras circunstancias de su vida a lo largo de tres libros de memorias. El primero, *El club de los mentirosos*, estuvo durante un año entero en la lista de los más leídos del *New York Times*. En el tercero, *Iluminada*, publicado en España en 2019, Karr narra con sinceridad, fuerza y sentido del humor su matrimonio, su maternidad y los momentos más duros de su adicción al alcohol, que incluyen el ingreso en un hospital psiquiátrico por depresión e intento de suicidio.

El problema del alcoholismo y de otras adicciones no estriba solo en el deterioro de la salud y en el peligro para la vida que supone, sino principalmente en que nos impide ser quienes somos, porque no nos deja descubrirlo dentro de nosotros. Como se dice en *Iluminada*, un bajo rendimiento y una vida interior pobre son consecuencias muy graves del alcoholismo.

El punto de inflexión en la historia de Mary Karr comienza cuando acude, por probar, a las reuniones para alcohólicos en los bajos de la iglesia. El primer paso por supuesto es

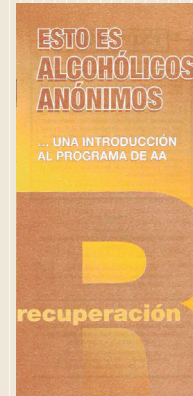
Perfil biográfico

Mary Marlene Karr, nacida en Texas, USA, en 1955, es escritora y profesora de literatura en Syracuse University, en Nueva York. Es autora de cinco libros de poesía y de una trilogía con sus memorias, *The Liars' Club* (1995), *Cherry: A Memoir* (2001) y *Lit: A Memoir* (2009), en las que narra su dramática infancia, su turbulenta juventud de sexo y drogas y su enorme desarreglo vital. En la última, traducida al español en el 2019, explica cómo encontró a Dios en medio de su adicción al alcohol. Su testimonio puede ayudar mucho.

Para seguir leyendo



Iluminada
Mary Karr
584 páginas
Periférica & Errata nature,
2019



Publicaciones de Alcohólicos anónimos
www.alcoholicos-anonimos.org

Mary Karr: poeta de Estados Unidos
Fernando Sabido Sánchez, ed.
www.poetassigloveintiuno.blogspot.com

reconocer el problema, pero ella todavía se lo negaba a sí misma cuando se sentó por primera vez en aquella sala. El segundo paso es reconocer que necesitas a los demás (alguien a quien llamar en el momento decisivo). Solo después de varias recaídas y un accidente de coche del que salió ilesa, dio Mary Karr el tercer y definitivo paso, que consistía precisamente en rezar. “Tienes que darle una oportunidad al poder superior; Mary, es la única sugerencia que te has saltado a la torera”, le dice una doctora experta en alcoholismo. “Si además de dejar el alcohol quieres ser feliz, reza”. Mary Karr acogió la sugerencia con escepticismo, pues dudaba de la existencia de Dios. “Ni por lo más remoto”, fue su respuesta (p. 319). “Me da urticaria. No entiendo cómo funciona”. “Tampoco entiendes cómo funciona la electricidad, pero usas los interruptores”, le responden (p. 323).

A pesar de su escepticismo, esa noche, mientras su marido y su hijo pequeño duermen, pone un cojín en el suelo del salón de su casa y se arrodilla por primera vez en su vida: “Poder Superior, digo con sarcasmo, ¿dónde has estado metido? Me envuelve el silencio. Hay algo escalofriante en la situación, una capa de temor a mi alrededor que percibo como la perpetua ausencia de Dios, su abandono, si es que existe [...]. Es duro verse así. Segundos

más tarde añado, gracias por ayudarme a no beber hoy. Y me levanto. [...] Así es mi primera oración; un comienzo irritado, de labios fruncidos, con mala fe, pero una oración, al fin y al cabo. Me hago el propósito de pronunciar con regularidad mi poco pulida oración. [...] Todas las mañanas diré en silencio: manténme sobria. Por las noches: gracias. Es lo máximo que tolero” (pp. 339-40).

Lo que al principio puede parecer un peculiar ejercicio de autoayuda es sin embargo el comienzo de algo mayor, algo que le lleva a encontrar la voluntad poco a poco, a recuperar la esperanza. “Mi tendencia a rechazar la fe empieza a inclinarse unos grados hacia lo sobrenatural. Y dejo caer de mi boca el primer deslizo inadvertido de esperanza: podría ser” (p. 349). En los momentos más duros simplemente se arrodilla y musita unas palabras, a veces encerrada en un váter, desesperada en mitad de un evento lleno de bebidas alcohólicas. Y le funciona: “Donde antes había un parloteo continuo hallo ahora un espacio inusual. Por favor, no me dejes acercarme al alcohol” (p. 386).

Es el inicio de un difícil camino que acabaría llevándole a abrazar la fe católica. Cuando su hijo tiene ocho años le pide —quizá por curiosidad— que le lleve a la iglesia. Después de probar en una iglesia anglicana que les

resulta muy fría (en sentido literal), en los baptistas y en otras parroquias protestantes, recalcan acompañando a unos amigos en una parroquia católica, donde descubre que hay algo diferente en rezar en compañía. Madre e hijo terminarán recibiendo el bautismo.

En la búsqueda de sí misma Karr encontró algo que le trascendía, que iba más allá y que le permitió no solo dejar atrás su problema con el alcohol sino también enfrentarse a su propia historia, recomponiendo las heridas hasta ser capaz de controlar el enfado desde el que en muchas ocasiones se enfrentaba al mundo. Aprendió a buscar, y encontró un Poder Superior, como ella lo llamaba, un Dios, una presencia espiritual que el ser humano necesita para poder salir de la esclavitud.

Reza, arrodíllate y tranquilízate. La historia de Mary Karr nos enseña que quizás un simple “Ayúdame” o un “Gracias” nos bastan para ver la realidad con otros ojos, para situarnos en un plano superior a aquello material que nos atenaza; y terminamos siendo capaces de lo que nos parecía imposible. “Desde que san Agustín gritó: ¡Dame la castidad, Señor, pero todavía no!”, —dicen en Amazon— “nunca una historia de conversión había sonado con tanta oscura alegría”. ■